

Reseña del libro de Luciana Manildo: *La identidad chacarera en las grietas del paisaje sojero. Desplazamientos, transmisiones y apropiaciones intergeneracionales en las transformaciones recientes de la producción familiar pampeana*. Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 2013.

Realizada por Juan Manuel Solari

Becario UNQ-CEAR

Este libro parte de una temática común que tienen los estudios rurales contemporáneos: el estallido de la identidad chacarera. Su autora en este caso intenta ahondar en la dimensión subjetiva e identitaria, para que sirva como una herramienta de aquellos trabajos que se enfocan más en las cuestiones concretas/estructurales.

El punto de partida del análisis es la constatación empírica de la desaparición de casi un cuarto de las producciones familiares en el período 1998-2002. Sin embargo, en palabras de la autora, con el correr de la investigación se exploran cuestiones que hacen el factor condicionante del desplazamiento o la persistencia de los productores. Aquí es cuando entra en juego su hipótesis: ante la irrupción de un nuevo paradigma de carácter expulsivo, especialmente para los chacareros, las posibilidades de continuidad en la producción van a depender del distanciamiento reflexivo del habitus. La autora recurre a este concepto bourdeano, entendido como el conjunto de esquemas a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él.

El sujeto de su investigación son los chacareros del sur santafesino, específicamente los ubicados en un pequeño pueblo del departamento de San Jerónimo. El chacarero, concebido como un productor que combina la propiedad de la tierra y el trabajo familiar, ha tenido una fuerte presencia en la región pampeana, y en el sur de Santa Fe en particular. El origen de este sujeto se encuentra marcado por la influencia que tuvieron las políticas del Estado: primero, el fomento a la inmigración entre finales del siglo XIX y principios del XX; y segundo, el incentivo al acceso a la propiedad de la tierra, durante los años '20 y con mayor peso durante

el peronismo histórico. Por otro lado, el hito que fundó su identidad colectiva y su consolidación como sujeto político fue el Grito de Alcorta (1912), cristalizado posteriormente con la creación de la Federación Agraria Argentina (FAA), institución que desde entonces representa a los pequeños y medianos productores agropecuarios.

El trabajo de campo de la autora se desplegó entre los años 2004 y 2008. Durante ese lapso, se encargó de trabajar sobre la base de entrevistas que buscaron captar, a través de los relatos de los sujetos, las características de los procesos y cómo fueron experimentados por los protagonistas. Así es que entró en contacto con un conjunto de productores y ex productores, los que compartían la triste experiencia del endeudamiento de los años noventa.

Durante esta década, el agro argentino atravesó una serie de profundas transformaciones que afectaron ampliamente su estructura social. Mientras que la actividad agropecuaria veía drásticamente reducido su marco regulatorio, al mismo tiempo se producía el ingreso de una oleada de cultivos transgénicos que cambiaría el tipo y magnitud del capital requerido. En palabras de Manildo, se configuró un esquema productivo y tecnológico de capital intensivo, donde la capitalización se volvió un requisito indispensable para poder mantenerse dentro de la actividad agraria.

Como señala la autora, así se constituye un rasgo paradigmático del nuevo modelo: crecimiento con exclusión. A la productividad y cosechas record, se les suman las crisis terminales en las explotaciones pequeñas y medianas, especialmente las de producción familiar. Por lo tanto, el abandono de la producción y la venta de las tierras fue un comportamiento ampliamente extendido a lo largo de la década. En suma, el rasgo distintivo de esta transformación operada en el agro pampeano es la heterogeneidad en relación a las estrategias que fueron tomando los productores en el intento de adecuarse a las nuevas reglas de juego.

Es en este contexto donde la autora hace hincapié en una incidencia fundamental: el endeudamiento. Muchos productores agropecuarios tomaron préstamos para poder ajustarse a un contexto cada vez más competitivo, siendo la propiedad de la tierra el capital puesto como garantía hipotecaria de los créditos. El estallido de las crisis de endeudamiento a mediados de

la década, sumado a aversiones climáticas y a la poca contención estatal, derivó en la liquidación de gran parte de las unidades productivas.

Luciana Manildo señala la crisis de endeudamiento como el punto de llegada de trayectorias compartidas que, a partir de entonces, se volverían heterogéneas. La dimensión simbólica del desplazamiento, entonces, es definida como el reanclaje identitario de los sujetos que compartían un mundo cotidiano pero que se desorganizó de tal manera que se volvió ilegible. No es entonces el endeudamiento o la venta de la tierra en tanto tales lo que interesa a su investigación, sino la reconstrucción ex post que los sujetos hacen en sus relatos de estos procesos.

El campo constituyó durante generaciones la objetivación del esfuerzo de los antepasados, por lo que su valor excedía al del capital económico. Entonces, a la relevancia subjetiva de la tierra como herencia debe sumársele su soporte identitario, tanto para reconocerse a sí mismos, como productores, como entre sí, como miembros de una comunidad. Sin embargo, remarca la autora, la consolidación del nuevo modelo puso en cuestión esta relación entre sujeto y tierra, desarticulando la centralidad de esta última como sustrato identitario.

El abrupto cambio en las reglas de juego puso en jaque la continuidad de los sujetos en la producción. La hipótesis planteada es que la posibilidad de persistencia resulta del distanciamiento reflexivo del “habitus” y la selectividad de la tradición, con lo cual la comprensión temprana de las nuevas reglas de juego les permitió a algunos chacareros situarse activamente en las nuevas circunstancias. Por el contrario, aquellos que no pudieron distanciarse terminaron sufriendo las consecuencias más extremas del desplazamiento.

De este modo, señala la autora, se fragmenta y redefine aquella identidad que se vinculaba al mundo chacarero. Ahora esa comunidad se restringe a aquellos que pudieron readaptarse a las nuevas exigencias, es decir, los que comprendieron rápidamente las nuevas reglas y pudieron reposicionarse. La contracara son los que fueron incapaces de realizar estas acciones: quienes, no solo fueron excluidos del colectivo, sino que cargan con el carácter estigmatizante de la ausencia de vínculos.

La radicalidad de las transformaciones también produjo rupturas en los mecanismos de transmisión intergeneracional. Justamente para rastrear estos procesos es que Luciana Manildo recurre al seguimiento de trayectorias familiares, no como un registro de posibilidades, sino para enfatizar los contrastes entre dos situaciones polarizadas: el desplazamiento en su forma extrema y la reconversión exitosa.

El primer caso de estudio es la familia de Pepe. Su protagonista es un ex productor que vendió a fines de la década del ochenta sus 34 hectáreas de propiedad familiar. La experiencia crítica de Pepe se basa en dos factores: primero, el endeudamiento ruinoso de un préstamo para la compra de maquinaria; segundo, la estafa de su patrón tras haberle prestado el dinero que le correspondía por la venta del campo familiar. Después de estos sucesos, Pepe abandonó el trabajo agrario y comenzó a dedicarse al mantenimiento de las banquinas de la autopista. Esta trayectoria es interpretada por la autora como la forma más extrema de la imposibilidad de distanciarse del “habitus”, es decir, el alejamiento de la producción provocó fuertes conflictos familiares en torno a la asignación diferencial de la toma de decisiones, en detrimento de los más jóvenes y las mujeres. De esta forma quedaron minados los soportes materiales de la autoridad y la hegemonía masculina, en un marco social claramente de orden patriarcal.

El segundo caso de estudio es la familia de Omar. Su protagonista es tercera generación de chacareros que vendió a mediados de los noventa las 256 hectáreas de propiedad familiar. A continuación, llegó a un arreglo con el nuevo propietario para explotar la tierra en forma de arrendamiento, seguido de la compra de tierras menos productivas, y por ende más baratas, en sociedad con un empresario rosarino. Actualmente se encuentra abocado a la ganadería casi de manera exclusiva, con una menor participación de la soja. Después de examinar esta última trayectoria, la autora concluye que las condiciones para su permanencia han sido el desanclaje de la tierra de su carácter identitario y biográfico, la pérdida de la centralidad de la familia y del “nombre” como soporte de las relaciones sociales y la redefinición del trabajo en tanto “práctica” y “sentido”.

En síntesis, el trabajo de Luciana Manildo funciona como una valiosa herramienta para comprender el devenir de un sujeto protagonista del desarrollo agrario en nuestro país. Se

destaca particularmente la visibilización del impacto del nuevo modelo económico en las clases medias agrarias. También es importante destacar el método que la autora emplea en su trabajo, construyendo extensas trayectorias familiares a través de pequeños fragmentos. En su análisis no olvida de incluir los silencios, las contradicciones, incluso los gestos corporales, de los sujetos entrevistados. Así puede examinar conjuntamente, seleccionando dos trayectorias disímiles, dos experiencias polarizadas y paradigmáticas que aportan a la investigación del sujeto en estudio.

Reseña recibida y aprobada para su publicación en Diciembre de 2013.